

Pepita

“¡Oh! Pepita, Pepita de Mallorca”, sonaba en la verbena de las fiestas del barrio. Junto a la orquestina estaba Pepita, con su sonrisa tan grande como sus gafas de gruesos cristales, la lengua asomando, seguía el ritmo con las palmas. Era la primera vez que la veía fuera de casa. La tenían escondida, siempre en la cocina, pelando patatas, sonriendo. A mi me gustaba Mari Juli, su hermana. Volvió a sonar “¡Oh! Pepita” y ella, al oírla, se echó a llorar.

Cuando volví a casa, se coló un gato atigrado. Se dejó acariciar, parecía no extrañar nada. Mi madre me dijo: “ese gato, fuera” y dejó un platito de leche en el descansillo. Allí se quedó el gato los tres días.

A Pepita la sacaron las tres noches de las fiestas, se quedaba al lado de los músicos, mirándolo todo, sonriendo y palmoteando. Cuando sonaba su canción, “¡Oh! Perepepe ¡oh! Perepepi”, lloraba, luego se le pasaba y volvía a sonreír. Los tres días de las fiestas terminaron y Pepita no volvió a salir, no volví a verla. El gato notó la tranquilidad del barrio y salió a la calle, un coche lo atropelló, lo piso primero con la rueda delantera, luego con la rueda trasera, limpiamente. El gato herido de muerte brincó sobre sí mismo y al caer se golpeó violentamente la cabeza contra el asfalto. Lo hizo tres veces. Se remató ante mis ojos, allí mismo. Alguien lo cogió del rabo y lo tiró al río.

A veces me viene a la cabeza “Oh Pepita ábreme la puerta” y los veo a ella y al gato.